



MALÁ STRANA

El terreno de Malá Strana es muy empinado, por lo que a veces las casas parecen estar apiladas unas sobre otras. Entre las ciudades de Praga, es un pintoresco joyerito lleno hasta rebosar, encerrado en un triángulo formado por el Moldava, el monte Petřín y el Castillo que se alza sobre los tejados. Este encantador distrito es, sin duda alguna, lo más valioso de la ciudad. Pero también condicionó su destino.

Primero se vio que la protección del Castillo próximo era engañoso. Cuando el Castillo fue asaltado durante las guerras de los husitas, las casas al pie del mismo eran un estorbo importante para la artillería de atacantes y de defensores, de modo que el final de las hostilidades prácticamente todo había quedado destruido. Apenas se habían repuesto de esa destrucción, cuando en 1541 se desencadenó un incendio, alimentado por la proximidad entre las construcciones y la pendiente del terreno, que terminó reduciendo a ruinas y cenizas las dos terceras partes de la más pequeña de las ciudades de Praga.

A veces las desgracias repetidas traen suerte: Mientras Viena estaba amenazada por el archienemigo turco, la situación en Praga estaba fuera de peligro, por lo que en la reconstrucción de Malá Strana la nobleza se preparó un exilio apropiado a su rango construyendo monumentales palacios renacentistas. No obstante, pronto llegarían nuevas calamidades con la Guerra de los Treinta Años. Cuando concluyó ese largo conflicto, la ciudad se había convertido en prenda de soberanos efímeros en el castillo y largas hileras de carretas con bienes robados ya habían dejado atrás sus puertas.

Una ronda de construcción barroca compensó las pérdidas. En muy pocas generaciones y con pródigo esplendor, la Iglesia y la nobleza transformaron Malá Strana en una antesala representativa del poder. A lo largo de dos ejes se pueden recorrer los omnipresentes testimonios de su delirio de victoria. Desde el puente de Carlos, cuyos últimos arcos se alzan sobre la isla Kampa y el Čertovka (arroyo del diablo), la vía de los Reyes conduce a la plaza de Malá Strana

Malá Strana en invierno, mirando hacia la iglesia de San Nicolás y el monte Petřín.



(Malostranské náměstí). En su centro, rodeada de casas porticadas barrocas, se encuentra la plaza de la iglesia de San Nicolás. Es la obra principal de la familia de maestros constructores Dientzenhofer en Praga, y su cúpula verdigrís domina la silueta de Malá Strana. Desde aquí, el camino recorre toda la calle Neruda para subir al Castillo, ribeteado por una serie de palacios y casonas de la burguesía que deja sin aliento, casi tanto como subir por la empinada cuesta. Aquí también se ha conservado una colorida gama de los antiguos distintivos de casas de Praga. Violines, soles, ruedas de carro – antes de que José II hiciera implantar el actual sistema de números, la fantasía de los dueños de casas no tuvo límites para asignar a sus propiedades un símbolo que las identificase de modo inconfundible.

El segundo eje lleva desde el palacio de Albrecht von Waldstein a la plaza de Malá Strana. Todo un distrito tuvo que desaparecer para dejar paso al complejo manierista del Generalísimo Imperial, cuya carrera, la más meteórica de la Guerra de los Treinta Años, se debió a su habilidad táctica tanto en el campo de batalla como ante el altar. Desde allí, el camino continúa pasando junto a la calle sin salida de la calle Vlašská, con los palacios Schönborn y Lobkowicz,

Con su impresionante cúpula y su campanario de 79 m, la iglesia de San Nicolás en Malá Strana se alza desde el centro de la plaza de dicho barrio.

hasta la iglesia de peregrinación de Nuestra Señora de la Victoria, donde ha hallado su hogar el Niño Jesús de Praga, símbolo mundialmente conocido de la devoción bohemia tan duramente conquistada.

Después del delirio barroco en Malá Strana sólo ha quedado silencio. El incesante comercio y las querellas de los ciudadanos de los otros distritos de Praga llegaban muy amortiguados a los muros de los palacios. Con el paso de los siglos, el poder de la antigua nobleza comenzó a resquebrajarse igual que las fachadas de los edificios. Llegaron nuevos tiempos, con una nueva nobleza del dinero y nuevas costumbres, que ya no pasaban por Malá Strana. Quien tuviera que hacer negocios con el Castillo ya no se entretenía en la antigua antesala del poder. Por ello, las calles y plazas apartadas de las sendas de los visitantes casi no han cambiado desde los días en que por ellas se paseaba Mozart. En la plaza del Gran Priorato, en la plaza de las Cinco Iglesias, en Kampa, en la calle Thunovská, la calle Vlašská, en el señorial jardín del monte Petřín – el destino quiso que Malá Strana siguiera siendo una cajita de alhajas pasada de moda. Y también algo adormecida. Aquí es hermoso soñar con los emocionantes tiempos pasados.



IZQUIERDA: La iglesia de San Nicolás en Malá Strana. DERECHA ARRIBA: El Arroyo del Diablo fluye plácidamente entre la isla de Kampa y Malá Strana. DERECHA ABAJO: El Ayuntamiento de Malá Strana, que se remonta al siglo XV. PÁGINA DERECHA: En la parte superior, de la plaza de Malá Strana se alza desde 1715 la columna de la Trinidad de estilo barroco temprano, obra de Giovanni Battista Alliprandi, que recuerda los enormes peligros de la peste.



IZQUIERDA: Jardín y sala terrena del palacio Waldstein.

DERECHA ARRIBA: Vista a través del arco gótico entre las torres del puente en Malá Strana hacia la calle Mosteká.

DERECHA ABAJO: La tradicional hostería "U Malířů" en la plaza Maltesa.

El palacio barroco Lobkowicz en Malá Strana tiene una rica historia hasta el presente. Desde 1973 es la sede de la embajada alemana. En 1989 acamparon en los jardines del palacio miles de refugiados de la antigua RDA, que tras escenas dramáticas lograron emigrar a Occidente.



Orgullosos ciudadanos y excelentes artesanos han dejado en Praga un colorido conjunto de emblemas de casas.



La calle Nerudova es una calle que lleva de la plaza de Malá Strana al Castillo.